



MUJER DE LIMPIEZA
(CUENTO DE NAVIDAD)

.....
Nieves García Manzaneque

Escritora.
.....

Por undécima vez, arrastró hacia atrás el balde cargado de agua negreante y espumosa. Se bamboleó ésta en el cambio de posición del recipiente y la cresta de una minúscula ola se desprendió y saltó al suelo. La zona limpia, aunque oscurecida aún por el leve esmalte del agua, ocupaba aproximadamente tercio y medio del espacio total. Volvió a humedecer el esparto de rubio origen, ahora gris, en la superficie del agua y chorreó ésta sobre el suelo. Depositado el estropajo sobre la baldosa, apenas destacó éste del color de aquélla, de un verde-gris sucio. Con la mano mojada cogió el paquete de detergente —la única nota de tonos nuevos, vivos— y esparció un pequeño reguero de grumos blancos y azules. Apretados y frotados contra el suelo por el poder del agua, del esparto, de la mano, fuéronse transformando en semi-círculos, círculos y elipses de una espuma que devenía gris perla, gris polvo, gris plomo. Abandonado de nuevo el esparto, introdujo la mano, buceadora, en el cubo en busca de la arpillera. Surgieron ambas brillantes y pesadas de agua, tras breve intervalo. Algo en la voluntad o en la inercia o en el cansancio de la mujer hacía, a veces, éstos más prolongados. Con ayuda de la otra mano, el trapo fue retorcido hasta despojarlo del exceso de agua. Extendido sobre la espuma, fue recogiendo ésta en veces sucesivas. La superficie teóricamente limpia, habíase ampliado en cerca de un metro cuadrado.

Las paredes de cristal eran dos. Formaban un ángulo —la esquina del edificio— y a través de ellas se participaba, aunque no totalmente, de la claridad de la calle, mucho menos del ruido y nada del aire. La puerta estaba cerrada. La visión podía ser tan amplia

como la de la misma calle. Las sombras emanando de los otros dos muros y de la hilera de máquinas, iban ganando terreno.

Se levantó cogiendo con una mano el asa del balde, con la otra el esparto grisáceo. Se encaminó hacia la puerta del fondo con el cuerpo ladeado. Una vez en el interior oscuro con la mano del esparto movió de posición el interruptor. Una lámpara de escasa potencia iluminó un pasillo estrecho obstaculizado por cajas vacías y trozos de máquinas.

La oscura masa de líquido fue proyectada en fugaz catarata por el agujero del water. Un agua sin mancilla corrió para llenar de nuevo el cubo. Se reanudó el ciclo; agua, esparto tornadizo, grumos cremosos...

«Marcelo el zagal bajaba por el sendero de la colina, del lado del olivar grande. Las mejillas relucientes, rojas y frescas como dos manzanas al borde del otoño. Los otros las tenían terrosas, de arcilla resabiada, recocida de soles y soles. La pelliza le olía a hierbas aromáticas y a queso. Era como si nos bajase un trozo de monte con ovejas y todo. Lo que echaba a perder el aire del encinar y del tomillo era el bodegón del cordero degollado y de los olorosos quesos. ¡Qué pena me daba, madre! Despellejado y calvo. Sanguinoliento y trágico como el mártir de una fe inútil... Algo se estropeaba entonces en la expectación tensa de la Nochebuena. Algo carnal, demasiado humano, más cruel que los quesos y el monte».

Obscurecía. Los brazos tensos y flacos pero nervudos, trazaban los arabescos espumosos, perceptiblemente más lentos y esforzados. Sonaron unas campanas amortiguadas pero cercanas. La mujer enderezó el busto y quedó un momento parada, estáti-



Oficio de escribir

ca. En el horizonte recortábase la torre de una iglesia en un cielo gris opaco.

«María y José andaban buscando alojamiento, presentía durante toda la tarde sus pisadas cansadas y su corazón expectante y alerta. Buscaba la serenidad de los rincones invadidos de dulces sombras para caminar con ellos. Era el contrapeso en la balanza de mi espíritu de la agitación creciente que reinaba en todas partes, de los ires y venires. “Anda y ve ‘ande’ el tío Rogelio y dile...” Los chicos teníamos desde temprano los ojos encendidos y el cuerpo que no podía parárenos quieto. “En mi casa ‘aluego’ hacemos baile, con panderetas y zambombas”. La Mariquilla se sorbía los mocos mientras don Eleuterio echaba el resto ensayándonos villancicos».

Pegaban unos golpes con una llave en el cristal que daba a la Avenida. La mujer se volvió rápida. Un hombre hacía gestos con la cabeza como si saludase. Estaba vestido de gris oscuro, con una chaqueta de doble botonadura en metal plateado. La mujer acudió. Giró la llave de la puerta abriéndola.

—Que han telefoneado de la fábrica y dicen que no puede venir nadie. Que se ha hecho tarde y que ya se va todo el personal ‘pa’ su casa...

La cara de la mujer se tensó en sobresalto.

—¡Pero si quedaron en venir a adornar todo esto!

El hombre se encogió de hombros sonriendo. Se frotaba las manos.

—¿Y qué hago yo con aquello? —Señaló al otro lado de las máquinas una caja de cartón en la que brillaban intensamente pequeños objetos de colores dispares, irisantes.

—A mí lo que me han dicho. ¡Que cuando termine que cierre y me deje la llave... ! ¡Lo pone Vd. a su aire! O lo deja, Vd. verá...

—Bueno, está bien.

Pero la resignación debió ser de mera superficie. Cuando desapareció el hombre, los rasgos del rostro de la mujer, esculpidos tal vez en muchos esfuerzos físicos, en muchas amarguras, se endurecieron aún más. Bajo, pero con palabras airadas, dijo:

—Y cobrar, ¿cuándo?

Fue hacia una máquina donde estaba posado su reloj —níquel huido, cristal despulido, correa abarquillada— y al contemplarlo se agitó aún más. Volvió a la tarea. Sus movimientos se volvían cada vez más lentos y esforzados. Ochos alargados, semicírculos abarcadores. Jadeaba. Tuvo que pararse. El margen de las sombras era mayor. La luz penetraba débil.

«Madre, ¿cómo es la Nochebuena en la majada? ¿Qué hacen los pastores, madre? Y me sobrecogía una emoción honda en el tiempo. Primitiva. Como si aquella noche fuera la misma Noche».

Dieron las luces en la Avenida casi al mismo tiempo de quedar lavada toda la superficie libre del suelo. Las manos de un rosa vivo, casi rojo, hinchadas, blandas, parecían no tener que ver con el resto del cuerpo, flaco, huesudo, nervudo y pálido. Con una bayeta marrón empezó a limpiar las partes pulidas de la maquinaria.

«Las estrellas de la alta Castilla, asombrosas de puro limpias, parecían almas estremecidas de Esperanza. ¡Había gozo en el Universo! ¡Esta noche... ! ¡Esta noche... ! repetían las gentes con las narices heladas y el corazón caliente. “Anda, hija, lleva estas madalenas a la Ramonita, que no tiene dientes la pobrecilla y no va a poder catar el turrón”».

La luz natural había partido cuando terminó. Sólo una haz artificial le llegaba del farol de la esquina y a intervalos la herían los rápidos fognazos de los faros de los automóviles que, como flechas, pasaban por la calzada casi en la única dirección de la costa, de las zonas residenciales de lujo.

La mujer estaba ahora pasmada, curvada la espalda ante el cajón de los colores brillantes. Con movimientos lentos y ojos asustados comenzó a desenrollar las esplendentes tiras de oropel, las bolas vivaces y frágiles. Algo la estremeció. Bajó las mangas del raquítico jersey y fue a buscar el reloj. Alarmada, corrió de nuevo hacia el cajón. Desacompañada y nerviosamente comenzó a unir tiras de espumillón y bolas. Con ellas en la mano se paró de nuevo perpleja ante



Oficio de escribir

la fila de máquinas. En la fantástica semi-obscuridad, rasgada de rápidos y fugaces reflectores, empezó al fin a colgar los improvisados y chispeantes collares, aprovechando aquí una rueda, allá una palanca; haciendo puentes colgantes de máquina a máquina... Dio unos pasos hacia atrás, hasta que pudo abarcar el conjunto. En el rostro de la mujer fijado por la fatiga, los ojos se movieron inquietos, atravesados por el relámpago de la duda. Arrastró sus pasos hacia el ángulo opuesto a la calle y dio la luz. Cuatro focos, en candilejas, proyectaron su fuerte claridad a las máquinas. El espectáculo era insólito, inarmónico; los brillos y los colorines, esparcidos anárquicamente, ofuscaban la solidez y tonos oscuros de la maquinaria. La mujer dejó caer los brazos con un gesto de impotencia. Volvió a las máquinas e intentó arreglar aquí y allá los adornos. La angustia era evidente cuando miró de nuevo el reloj. Abandonando definitivamente la tarea, tiró los adornos sobrantes al cajón y empujó éste hacia el interior. De una percha de hierro descolgó un abrigo de cuadros grises, raído, deformado o formado al cuerpo de la mujer, pues cuando ésta estuvo dentro viose que ambos tenían la misma postura. Cogió luego una bolsa negra y tras una última mirada desasosegada a todo, se precipitó a la puerta. El aire frío de la noche la envolvió.



En la cocina llena de humo, de cacharros, de viandas, había también mucha gente. Tres hombres; uno viejo y dos jóvenes. Dos mujeres; una vieja y otra joven. Dos niños; uno mayor y otro pequeño. La mujer joven tenía en los brazos una niña pequeña. La mujer mayor trajinaba entre cacharros y viandas. Los hombres hablaban, los chicos se perseguían riendo y chillando. Nadie oyó nada hasta que la mujer del abrigo de cuadros grises apareció en el umbral, encogida, vacilante...

—Hola, buenas noches —dijo esbozando una sonrisa corta.

Su saludo fue contestado por la mitad de los que ocupaban la cocina. La mujer dijo algo dirigiéndose a la mujer mayor, pero en aquel instante un chico chillaba y el otro reía a carcajadas enormes.

—¡Callaros, condenaos! —gritó la mujer mayor—. ¿Qué decía?

—Que si ha llamado mi hermana... —repitió con trabajo.

—Yo no he faltao en toda la tarde y aquí no ha llamado nadie preguntando por Vd.

La mujer del abrigo gris desapareció en el marco de la puerta diciendo con encogimiento algo que no se oyó.

—Es la realquilada —explicó la mujer mayor—. Esperaba que la llamara su hermana para que fuera con ellos a pasar la noche. Pero como no se habla con su cuñado, que es un bestia..., se conoce que no la ha dejado a la otra llamar.

«Don Bernardino, un cura con mucha gramática parda, con las dos manos aferradas al reborde del viejo púlpito, paseaba la mirada parsimoniosamente sobre sus ovejas. “Pues sí señor, San José, aunque de familia antigua, era un venido a menos, ¡un obrero pobrete, vaya!” El retablo con los oros huidos y los santos morenos... El pequeño vitral abierto al misterio de la noche... ¿Por qué se me escapaba el alma en añoranza de otras Navidades desconocidas...? La voz de don Bernardino sonaba estentórea como un trueno: “¡Ay de los que cierran los mesones de la vida a quienquiera que fuese!”...»

La mujer sentada sobre la cama en un cuarto estrecho, ahogado de muebles oscuros, se tapaba los ojos con la mano. Un sollozo se le dislocó entre el pecho y la garganta.

La puerta se abrió y apareció en ella la mujer mayor. Renqueando un poco entró en la habitación y se plantó delante de la otra.

—¡No se lo tome Vd. así, mujer! ¡Ande que no es noche de llantos...! Que dicen mis hijos que por qué no cena Vd. con nosotros...